

ción; su espectáculo contiene hallazgos, a veces bellezas plásticas, contó con una hermosa escenografía y con un grupo de actores jóvenes llenos de entusiasmo que se han sometido con disciplina de hierro a duros ensayos durante meses sin otra compensación que el efímero goce de enfrentarse a la presencia del público. Mas, Carbajal carece de dos elementos primordiales: la experiencia, que sólo se adquiere en el ejercicio diario de una profesión durante mucho tiempo, tal vez años, y que hoy, ante el incentivo de "todo y de inmediato" ya ningún joven desea tomar en cuenta. Y algo más le hace falta, que sólo los años, la vida, el dolor enseña: la humanidad, la humildad, la comprensión profunda del hombre, ausentes en su petulante reunión de esoterismos, en su intelectual desfiguración de la imagen del hombre, en sus símbolos a veces demasiado obvios y otras veces excesivamente cargados de significado. Todo este texto sobrecargado de hermetismos, no pudo reemplazar un solo momento de auténtica presencia humana.

El experimento de Gabriel Weisz, *Golem*, ya se acerca a grandes pasos al logro, a la perfección. Responsable del texto, no obstante no se le puede llamar autor dramático, ya que no se trata de una obra original sino de un "collage" donde intervienen escritos diversos, noticias periodísticas, informes científicos, parlamentos de

distintas piezas teatrales, desde escenas de *Final de partida* hasta *El mal de la tierra*, desde *Edipo rey* hasta *La visita de la vieja dama*. Lo que menos intervención tuvo era el Golem mismo. Ni en su forma de poema dramático debido al poeta judío Leivik, ni en su forma novelística debida al escritor checo de lengua alemana, Gustav Meyrink se encontraban elementos de esa leyenda medieval, más allá de una breve aparición y de una que otra vaga insinuación. Pero toda esa reunión de textos diversos, de autores diferentes y de fuentes múltiples, que formaban el "collage", pasaba por el tamiz de la creatividad de Gabriel Weisz hasta transformarse en elementos nuevos, reintegrados a una unidad, la del espectáculo.

Realizado con una increíble economía de medios, sin decorados, sin trajes ni luces, en un ambiente desnudo sólo poblado de la violencia rock de los instrumentos musicales, el director logró los efectos más dramáticos, más expresivos, con unos pocos trapos negros, con unas cajas que se movían sobre ruedas para desplazarse, con unas lámparas de bolsillo que producían unos juegos de luces psicodélicos. Y los trapos llegaban a ser olas del mar, o togas romanas o mantos de poetas andaluces, ora túnicas griegas, ora harapos de mendigos. Y las cajas eran ora urnas fúnebres, ora muros de Jericó; y unas bolsas de papel colocadas en la cabeza de cada intérprete simulaban la silueta del Golem con una cabeza cuadrada que traía recuerdos de los expresionistas y de los viajes lunares. Era un teatro "pobre" de verdad, en el sentido que lo quiso Grotowski, que se hacía terriblemente rico por la capacidad creativa de todos y cada uno de sus integrantes, director, actores y músicos, por la capacidad de Weisz para despertar la imaginación del espectador. Un teatro como el oriental, donde los espectadores se vuelven niños imaginativos, como éstos dispuestos a considerar un palo como si fuera un caballo y ver en una muchacha envuelta en periódicos al Golem.

Experimentos que seguramente se repetirán, que sin duda seguirán los pasos del "espectáculo total" en otros países hasta agotar sus posibilidades, para luego buscar otras vetas, otras vías novedosas. Y el experimento aunque no logre del todo su cometido, aunque fracase y hasta cuando despierte burlas y malevolencias, siempre es válido, siempre contiene elementos que hoy, o mañana, o pasada mañana, o tal vez nunca, podrán servir de abono para otras, nuevas búsquedas, más difíciles y más perfectas. Todo experimento deja un sedimento para nuevas cosechas. Y aunque no crean público, y sus esfuerzos se limiten a las élites, serán útiles hasta para los teatros cuya preocupación es tan sólo la multitud.

Y por más excesivas que sean sus pretensiones, por más elementales unos y excesivamente intelectuales otros, por más petulancia que demuestren, por más "insopportables", "pretenciosos", "faltos de modestia" que sean, o que se nos parezcan, son esos jóvenes que representan el porvenir, las únicas vías de selección, de cambio, de nuestro teatro, su esperanza y su lucha contra el vetetismo, el mal gusto y la burda comercialización.

Entrevista



La gracia de San José se hace novela en vilo (Diálogo con Luis González)*

Por Alberto Dallal

Quisiera transcribirles pasajes enteros de este libro único. Se antoja. No sólo por las cualidades descriptivas de su prosa; no sólo porque en sus páginas reina un espontáneo sentido del humor —el auténtico sentido del humor, que brota como natural forma de expresión y de observación, de vida, no como chiste fácil ni como pretexto de disfraz ideológico—; en fin, porque *Pueblo en vilo*** significa una nueva manera de decir la historia, de contar y de registrar los acontecimientos.

Quisiera transcribirles pasajes enteros de *Pueblo en vilo* sencillamente porque si el libro no hubiese sido editado por El Colegio de México, si no llevara notas a pie de página, una extensa bibliografía y algunas fotografías, pensaríamos que se trata de una novela, de una lúcida y amena narración de acontecimientos imaginados o inventados, de anécdotas soñadas. Es *Pueblo en vilo* la narración de sucesos inauditos: un ejército de mujeres armadas con cañas macizas se opone a los primeros conquistadores y saqueadores de Michoacán; para que San José de Gracia quede al fin fundado, ocurren y se propician mil vericuetos y barullos inesperados; la gente piensa que en 1900 habrá de terminarse el mundo —según un macabro rumor— y el sacerdote de la localidad no se da abasto para escuchar confesiones días y noches interminables. La obra es —como la realidad— una mezcla de fenómenos reales y fenómenos que podrían calificarse de fantásticos; sueño y vida; paisaje y hombres; tranquilidad y violencia. *Pueblo en vilo* se acerca sorprendentemente a ese género, "fábula épica", que ha construido la fama, y con razón, de por ejemplo *Cien años de soledad*. En este sentido, lo sorprendente del libro de Luis González reside en el hecho de que todos los materiales provienen de actas, de archivos, de documentos, de narraciones verbales, de registros, de observaciones y conversaciones vivas, de investigaciones especializadas; para decirlo pronto: todo ha sido tomado de la realidad, en sus páginas queda derramada la realidad directamente.

Quisiera transcribirles pasajes enteros de *Pueblo en vilo* para que ustedes, como yo,

* Entrevista realizada en la Casa del Lago, dentro del ciclo "El libro y el autor".

** Luis González: *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos. Primera edición, 1968. 365 pp. Segunda edición, 1972. 326 pp.



sintieran envidia de esa manera clara, sabrosa, erudita y original que Luis González ha logrado al expresar historia y al expresarse él mismo. Mérito que se hace mayor mérito tratándose de un libro de historia, de investigación histórica, de conocimientos "englobados" que bien ofrecen lo suyo a la sociología, la economía, la antropología y probablemente a la lingüística. Por sus logros estilísticos, por su enfoque, por su veracidad, por su calidad literaria y por otras muchas razones, *Pueblo en vilo* es el modelo de la novela que muchos quisiéramos haber escrito.

Luis: he notado que en la actualidad se tiende en México a esperar todo de una sola persona, de un solo intelectual. Esta actitud no es privativa del plano estricto de la literatura, campo en el que, no sé por qué razones, siempre se está esperando la gran, única, reveladora novela; el gran, único, libro de cuentos; el gran, el único, el grandioso autor de ficción. Lo mismo podríamos decir del cine: ¿cuántos han sido los jóvenes que muy recientemente y de manera sucesiva han desempeñado el papel de "revelación", de "salvador", de cineasta realmente independiente y revolucionario? El fenómeno se repite una y otra vez en pintura, en teatro, y creo que también sucede en lo que se refiere a la investigación especializada: a la sociología, la historia, la economía. Parece que en el momento actual tendemos los mexicanos a partir de cero, a hacer caso omiso de lo que ya existe, de los elementos muy reales que hemos tenido a la mano. Con una facilidad sorprendente nos desplazamos del cero absoluto, de la nada, hasta la glorificación y el ensalzamiento también absoluto. Esta falta de objetividad conlleva, según mi parecer, una enorme falta de autocritica, no ya de crítica, que en buena medida adquiere esta característica del "extremo absoluto". Y creo también que muchos estudiosos de distintas disciplinas no están o no estarían de acuerdo con esta actitud, pues estos signos de iconoclasia, de rechazo contundente, de subjetividad, dan al traste o escamotean muchos buenos trabajos, muchas buenas plumas, muchas buenas investigaciones.

Te planteo todo esto porque estoy convencido de que en las excelencias de tu obra *Pueblo en vilo* independientemente de la originalidad de tu metodología y de tu estilo, campean las influencias muy benignas de, por ejemplo, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y José Gaos. Y lo planteo, asimismo, porque gracias a tus esfuerzos y tus logros como investigador, tú puedes decirnos, explicarnos por lo menos una línea de investigación cuya trascendencia en la historiografía mexicana resulta evidente. ¿Cuáles son tus influencias más admiradas y notables? ¿Cuáles tus mejores maestros mexicanos? ¿Cuáles son las personas que, a tu parecer, ocupan un lugar preponderante en el desarrollo de la disciplina histórica en México?

LG. Durante toda mi vida he recibido ayuda de maestros, amigos y alumnos. Los dos o tres personas que has citado están en la lista de mis mejores maestros. Procuré aprender de don Alfonso Reyes la falta de solemnidad al escribir; el uso de las palabras vulgares y caseras. Al maestro José Gaos y a don Irineo Marrou les debo la filosofía con que ejerzo mi oficio. De don Daniel Cosío

Villegas he recibido una tormenta de enseñanzas y no sólo la de poner la pasión al servicio de la verdad. El rigor técnico que tengan algunos de mis escritos hay que abonárselo a dos maestros ejemplares: Silvio Zavala y José Miranda. En fin, estoy cargado de deudas. Les debo a maestros de casa y de fuera, a don Arturo Arnáiz y Freg, a don Wigberto Jiménez Moreno, a don Edmundo O' Gorman y otros historiadores mexicanos de mucho cartel y merecida fama. Todos mis compañeros de El Colegio de México encontrarían, si se pusieran a buscarlos, ideas y datos suyos en obras supuestamente mías. Copio a manos llenas. De Alejandra Moreno y de Enrique Florescano he aprendido a hurgar en las llamadas ciencias conexas y auxiliares de la historia. De los que han sido mis alumnos he sacado mucha raja. Quizá porque he vivido poco en el extranjero y porque no sé lenguas, la gran mayoría de mis inspiradores y proveedores son mexicanos. Tengo mucha fe en la tradición historiográfica de México. Creo que siempre se ha producido aquí buena historia. Las Escuelas historiográficas de aquí y ahora no están muy pobladas pero sí bien pertrechadas, activas y lúcidas. Tampoco quiero decir que como México no hay dos. Tampoco quiero hacer un catálogo de los historiadores mexicanos que, en mi opinión, ocupan un lugar preponderante porque en una lista así los que destacan son las omisiones.

AD. Independientemente de los estudios que tú has realizado en la Universidad Nacional, en El Colegio de México, etc., en todas las instituciones principales, supongo que también has estudiado en el extranjero; no tengo el dato preciso pero tú nos lo puedes dar. También creo que has de tener alguna inclinación especial por algún tipo de novelista, ya sea decimonónico o una preferencia

por novelistas actuales. ¿Nos podrías decir algo al respecto?

LG. Habitualmente no leo novelas. Las pocas que he leído son de índole costumbrista y referentes a la vida de la provincia mexicana; sobre todo, al occidente del país. Conozco y he aprovechado las de don Agustín Yáñez, Juan José Arreola y Juan Rulfo. Leí, después de haber hecho *Pueblo en vilo*, los *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. También leo periódicos y nunca me pierdo los artículos de Ibargüengoitia y Monsiváis.

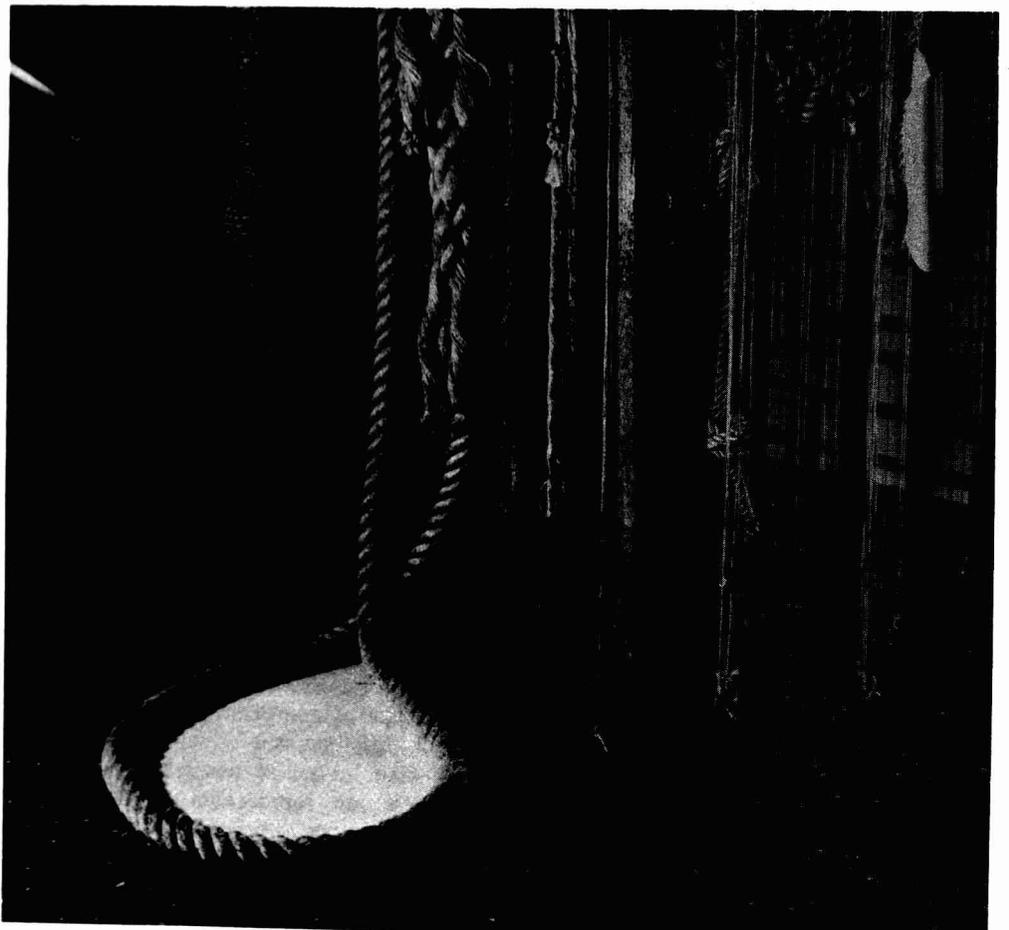
AD. ¿Dónde realizaste tus estudios?

LG. Aprendí a leer, escribir y contar en mi pueblo, con mis padres, un tío sacerdote y la señorita Josefina Barragán. Hice la secundaria y la preparatoria en un colegio de jesuitas, en el Instituto de Ciencias de Guadalajara. Cursé dos años de la carrera de leyes en la Universidad Autónoma de aquella ciudad. Estudié para historiador en El Colegio de México y en la Sorbona de París. El pergamino que me acredita como profesional de la historia es de 1956.

AD. Hablemos del tema que, según parece, tú has desarrollado en mayor medida que otras personas: la microhistoria. Tú has escrito un ensayo en torno a esa metodología que lleva un título revelador: "Microhistoria para Multiméxico".*** Aduces que la microhistoria es distinta de la historia a secas por varias y variadísimas razones. ¿Nos podrías explicar un poco en qué consiste la diferencia entre la macrohistoria y la microhistoria que tan espléndidamente desarrollas en *Pueblo en vilo*?

LG. Veo semejanzas notables y cada vez mayores. Suelen ser diferentes los tipos

*** Luis González: "Microhistoria para Multiméxico", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, núm. 82, octubre-diciembre 1971.



de estudiosos que se ocupan de ver la historia en su aspecto universal o en sus áreas nacionales, de los preocupados por la historia de regiones o de localidades. El historiador de alcance nacional, o internacional, hace muchas veces lo que hace con espíritu sereno y científico, movido por el propósito de establecer las "leyes del desarrollo histórico"; en definitiva, procura fríamente racionalizar en alguna forma o conceptualizar el proceso de cambio de las sociedades. El historiador que se enfrenta a problemas locales es menos intelectual y abstracto. Suele ser romántico, de espíritu anticuario, nostálgico de la vida preindustrial y preurbana. Mientras los macrohistoriadores pueden ser de cualquier parte, los historiadores localistas casi siempre son nativos del lugar que estudian. Al revés de los grandes, los microhistoriadores tienen poco oficio, poco beneficio, poco mundo y mucha pasión. Muchos son revolucionarios en potencia, revolucionarios regionalistas, una especie de Emilianos Zapatas.

Los historiadores de ciudades pequeñas y pueblos tienen motivos de sobra para levantarse en plumas. El agravio es reciente y quizá universal. Los sociólogos le llaman colonización interior. Cada reino o república tiene su metrópoli chupasangre. Los metropolitanos o capitalinos han dado en la costumbre de agarrar de puerquitos a los provincianos. Los explotan de mil modos: les meten fábricas —o mejor dicho, productos de fábrica— y les matan sus artesanías: les quitan sus tierras (en México, la desposesión de los terrenos ejidales se llama sistema de contratos de participación). Los agentes del imperialismo interior van dejando sin tierras, sin industria y sin gran comercio a los habitantes de las zonas periféricas. Y una de las maneras de protesta contra esa injusticia la manejan los sabios de pueblo, los hacendados de microhistoria. Mucha de la investigación local de nuestros días obedece al propósito revolucionario de despertar la conciencia histórica de los lugareños y ponerlos en posibilidades de defenderse del imperialismo económico metropolitano. El microhistoriador sabe mejor que el macrohistoriador que la investigación histórica responde a requerimientos de la vida práctica, que no es una labor inocua y desinteresada. El microhistoriador no es un caballero sedente. Es un activista de la revolución regional contra la metrópoli. En fin, me podría extender en este punto porque acabo de leer el libro de Lafont que se llama *La revolución regionalista*, pero creo que si lo hago nos alejamos de la pregunta.

Decía que los microhistoriadores se distinguen de los macrohistoriadores. Son distintos también los asuntos de la micro y la macrohistoria. Esta se ocupa de la patria grande y mitológica; aquella de la patria chica y verdadera. La macro le da cada vez más importancia al tiempo largo de las estructuras; la micro se entretiene en los tiempos cortos de la anécdota. Las historias nacionales o del mundo tratan de los egregios; protagonizan el acontecer con caudillos, con héroes, con santos y con apóstoles. Los hombres de las historias locales pertenecen al pueblo raso. Allí no hay estadistas famosos por sus matanzas, empresarios notables por sus maneras de robar, intelectuales célebres por sus embustes y su vanidad. En fin, la maxihisto-

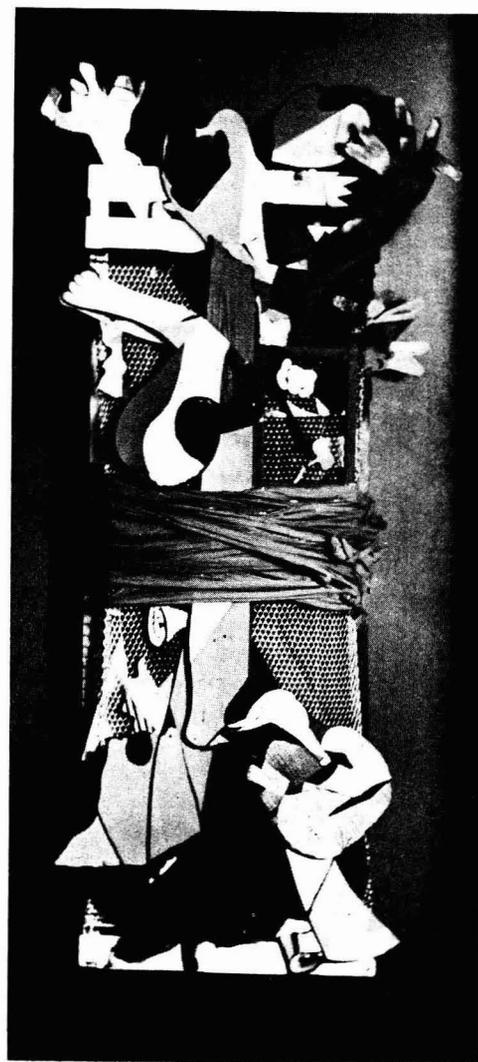
ria acostumbra concentrarse en algún aspecto de la vida histórica, lo económico, lo social, lo político, lo cultural. La minihistoria enseña más, desnuda más, es menos especializada, propende a ser más integral.

Otras diferencias se dan en el campo del método. Los microhistoriadores generalmente le dan poca importancia a la hechura de bosquejos, hipótesis de trabajo y cosas por el estilo; usan, aparte de las fuentes escritas, la inspección personal del terreno, la fotografía aérea, las transmisiones orales y otros testimonios de escaso valor para la macrohistoria. En la microhistoria se requiere mucho olfato crítico, pero más que nada el ejercicio de la simpatía para poder comprender. Como quiera, en el descubrimiento de los hechos históricos la microhistoria es tan científica como la macrohistoria. En la exposición de los hechos históricos, la micro tiende más que la macro a la utilización de los recursos del arte, a emparejarse con el cuento y la epopeya. La historia local no es un diálogo entre eruditos; corre entre el autor y el público municipal y espeso.

AD. En tu ensayo sobre la microhistoria propones que el gobierno o las instituciones oficiales ayuden y apoyen a este tipo de historiografía, a este tipo de oficio u ocupación. Las medidas son muy concretas. Tú propones cosas concretas y das tu opinión muy concreta. ¿Cómo podría ayudarse a estas personas que están ocupadas en, digamos, desenterrar los documentos, en describir las costumbres, en registrar los datos y los acontecimientos? ¿Crees que esos trabajos realmente podrían esclarecer algo o mucho, en la medida en que estuvieran coordinados? ¿O es que este trabajo debe brotar espontáneamente? La pregunta es sencilla. Se supone que hay historiadores regionales que no están en la capital, que tienen la oportunidad de hacer este tipo de microhistoria. ¿Consideras que, entonces, tendrían que coordinarse los trabajos que ellos desempeñan para que pudieran sacarse conclusiones generales, para unir, digamos, la microhistoria con la macrohistoria?

LG. Sí, hay que fomentar la historia de lugares y regiones haciendo sociedades y revistas consagradas a la microhistoria. En algunos países desarrollados las hay. En México es ahora el momento propicio para fundarlas. Una de las obsesiones del gobierno actual es la descentralización, la dignificación de las regiones, la vida municipal vigorosa. En tal empresa, la microhistoria puede prestar muy buenos servicios. De hecho puede ser el instrumento más eficaz de descentralización si se le estimula y actualiza.

La actualización es necesaria. La mayor parte de los mexicanos que hacen historia regional o historia local son gente sin ninguna preparación profesional, son meros autodidactas necesitados de ponerse al día en métodos y técnicas de investigación. Y lo cierto es que el mejoramiento de nuestros historiadores localistas no es tarea de romanos. Como se trata de gente vocada y con experiencia, lo más del camino está hecho. Lo que falta por hacer es poco: reunir en congresos a historiadores profesionales y aficionados; difundir un manual de teoría y método de la microhistoria; proporcionar cursos breves en los institutos de alta cultura de



la capital y de los Estados. Por lo pronto, El Colegio de México planea establecer cursos de dos o tres meses, en el periodo de vacaciones, para estos historiadores de buena voluntad, pero sin suficiente preparación técnica y teórica, y por lo mismo en situación de desventaja frente a los macrohistoriadores. No se puede pensar en una colaboración eficaz entre unos y otros mientras los provincianos no cojan el paso.

AD. Tengo la sensación de que las personas que se dedican a hacer este tipo de investigaciones "microhistóricas" en su propia localidad son una especie de historiadores espontáneos, una especie de cronistas. Tú te has topado con algunos de ellos. ¿Podrías explicarnos cómo trabajan? ¿Por qué de pronto se inquietan por la historia de su localidad?

LG. De hecho la gran mayoría de ellos, con algunas excepciones, son historiadores espontáneos. Por un sentimiento de arraigo a su lugar de origen y por salvar a su patria chica de la colonización interior se lanzan a escribir historia sin contar con el tiempo suficiente para hacerlo porque son gentes dedicadas a otra actividad. Unas veces es el secretario del Ayuntamiento que en los ratos distraídos a la redacción de actas, constancias, recibos y discursos, recoge datos para la historia de su municipio. Otras veces se trata del párroco, del médico, del boticario, del huizachero o del fotógrafo. Es frecuente que los fotógrafos (no sé si exista una explicación especial para este fenómeno) se dediquen a la microhistoria. Pero nunca son microhistoriadores de tiempo completo o por lo menos de medio tiempo. Rara vez son

también personas bien pagadas para hacer la crónica local. Y sobre todo, casi siempre, son líricos, impreparados que no saben cómo acudir a las fuentes, no saben reunir testimonios, y menos todavía ejercer las operaciones críticas, hermenéuticas, etiológicas, arquitectónicas y estilísticas; operaciones que a pesar de tener nombres tan terribles son de aprendizaje fácil.

AD. En el desarrollo de la historiografía universal, ya no tratándose de México, ¿también se dan estos casos? Digamos en los Estados Unidos o en determinados países desarrollados económicamente ¿también existe este tipo de historiadores espontáneos y líricos?

LG. Francamente no estoy muy al tanto de lo que sucede fuera. Sé algo de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos donde los microhistoriadores son profesionales en su gran mayoría. Los franceses que conozco (así Goubert y sus alumnos) son todos ellos egresados de las universidades. En los Estados Unidos, liderada por el profesor Bernard Bailyn de Harvard, existe una corriente muy técnica de historia local. La escuela británica de Leicester es mundialmente famosa por sus microhistoriadores. Por lo menos en esos tres países la microhistoria se ha profesionalizado.

AD. En la actualidad hay una gran inquietud por la reforma educativa y se ha puesto especial atención a la enseñanza de la historia en México. Considerando todo este tipo de aportaciones que hace la microhistoria ¿crees que podría aplicarse de alguna manera la microhistoria para la enseñanza de la historia? La pregunta sería la siguiente: los niños, por ejemplo, leyendo una crónica ágil, ligera, sin muchos datos, probablemente percibirían mucho mejor la historia de su localidad, primero, y la historia general del país, después. ¿No se han tomado medidas para aplicar este tipo de microhistoria a la enseñanza de la historia?

LG. En los países donde la microhistoria es ejercida por profesionales, se ha puesto de moda el iniciar a los niños en el conocimiento histórico infundiéndoles el pasado de su patria chica. Desde principios del siglo, las pedagogías derivadas de Pestalozzi, Froebel y Dewey prescribieron que se ilustrase con historia local la historia nacional impartida en la escuela primaria. Desde hace veinticinco años los ingleses han dicho que la microhistoria no debe enseñarse como mera ilustración de la macrohistoria, sino como disciplina aparte. Ya se enseña también en la secundaria, en las escuelas francesas e inglesas. Aquí, en México, vamos para allá, según dicen los que están ahora reformando la educación nacional.

AD. Te hago esta pregunta porque leer *Pueblo en vilo* es una experiencia extraña y fundamental. En realidad te estás refiriendo a San José de Gracia y subtitulas la obra "Microhistoria de San José de Gracia". Sin embargo, de alguna manera te refieres, por necesidad, a los acontecimientos de toda la región. Tú mismo explicas que San José de Gracia sería un pueblo tipo, un pueblo típico de esa región, y te refieres a los acontecimientos históricos de toda la región. Al mismo tiempo, *Pueblo en vilo* también se refiere —asimilación perfecta, implícita— a la histo-

ria de todo el país: se habla de la estrategia y la táctica de los conquistadores, de quiénes fueron los primeros españoles que penetraron en la región, de por qué lo hicieron, de cómo sucedieron las cosas durante los levantamientos armados del presente siglo (sucesos en los que habrían de intervenir los habitantes del pueblo y —asimilación perfecta, implícita— el pueblo mismo). Me pregunto —y te pregunto— si este mismo tratamiento "literario", este "modo de expresión", podría ser aplicado en la enseñanza de la historia. No sólo describir la historia local, sino a través de ella, mediante una metodología o un sistema ideado para conseguirlo, narrar la historia nacional a través de la historia local. K—¿Podría hacerse esto?

LG. Puede y debe hacerse. De hecho es más fácil enseñar historia a partir de la historia local porque el afecto de los niños a la patria chica los hace muy receptivos a lo que se diga de ésta. También porque la historia local es menos abstracta que la nacional. Partiendo de la relación de los antecedentes de lo conocido, de lo próximo, del grupo en que se convive, se facilita la exposición del desarrollo de la patria grande. La enseñanza de la microhistoria es posible y es deseable. Dentro de la tan cacareada escuela activa de nuestros días es incluso necesaria.

AD. Y esta metodología de la microhistoria llevada en esa forma original al aspecto didáctico, al aspecto de la enseñanza de una materia, de una disciplina ¿no podría ser aplicable en otras áreas del conocimiento, por ejemplo en la sociología, por ejemplo en la economía?

LG. Creo que sí. En lugar de enseñarles a los estudiantes, principalmente de secundaria (a los que se les enseña sociología y economía), teoría sociológica y teoría económica, debiera mostrárseles cómo funcionan en la realidad la vida económica y la vida social, primero en su propio y reducido contorno, y luego en la patria y en el mundo ancho y ajeno. Lo ideal sería que toda enseñanza teórica de sociología, economía, politología y geografía humana, se apoyara en el conocimiento previo del mayor número posible de casos locales y regionales que los alumnos, por propia investigación, pueden lograr.

AD. Es decir, remitirlos a los problemas concretos próximos a ellos y a su comunidad; que incluso fueran ellos quienes buscaran los aspectos generales del conocimiento.

LG. Así es en la escuela activa.

AD. Y volviendo otra vez a tu libro, Luis: ¿por qué se te ocurrió escribir *Pueblo en vilo*? No es una pregunta íntima, espero. Queríamos saber si soñaste de pronto que debías escribirlo. ¿Por qué no? Es una posibilidad. Otra: de acuerdo con una corriente de expresión, como lo es la microhistoria; es decir, gracias a sus ejemplos a lo largo de la historiografía mexicana ¿surgió la idea? Aquí en México (por lo menos al nivel académico al que tu perteneces) no se hace microhistoria regularmente. Insisto; ¿por qué se te ocurrió un buen día escribir un libro como *Pueblo en vilo*, realizar toda la investigación, estar en contacto con las gentes, preguntarles, hacerles entrevistas, ir a los archivos del pueblo?

LG. La cosa es realmente muy sencilla.

El Colegio de México me concedió un año sabático que disfruté en mi pueblo, del que había salido a los doce años, aunque cada año seguía vacacionando en él. Me encontré con que allí existían ciertas angustias ante el futuro del pueblo, ante los problemas planteados por intromisiones extrañas. Entonces brotó la idea inesperadamente y sin estar preparado para realizarla. Sin conocer las grandes obras contemporáneas de microhistoria y sin plan previo empecé a hurgar en los archivos, en el archivo parroquial, en el archivo de lo que entonces era la Tenencia y ahora es el Municipio. De aquí salté a los archivos de lugares cercanos; luego a los fondos estatales, y por último a los de la nación. Entrevisté a mucha gente; recorrí a pie y a caballo el escenario de mi historia, y me puse a escribir. Escribí rápidamente, pero con el auxilio de mi mujer. Armida compuso mi manuscrito y sacó copias a máquina de él. Cuando pasé algunas de esas copias a dos o tres personas, una de ellas me propuso dar a conocer el libro en lecturas públicas. El tiempo restante de mi año sabático lo dediqué a leer en voz alta, a razón de capítulo por domingo, la primera versión mecanoscrita, y a preparar, tomando en cuánta las observaciones de mis oyentes, la segunda versión.

AD. Pero ¿ya tenías elaborados los materiales en la forma en que aparecen en el libro o tenías sólo la documentación?

LG. Cuando volví a mis labores ordinarias en El Colegio de México el libraco estaba prácticamente concluido. Antes de publicarlo sólo le añadí algunos adornos académicos sugeridos por mis maestros y colegas. La obra publicada no es todo lo académica que hubiera podido ser. Entre otras cosas le falta unidad en el enfoque. La primera parte es un poco impersonal. La segunda parte cuenta la visión que tienen mis coterráneos de las revoluciones mexicana, cristera y agrarista. La última parte contiene la visión mía, muy personal, de la vida de San José de Gracia de 1940 para acá. Mi libro no tiene unidad. Al pasado remoto se le trata impersonalmente; el pasado inmediato se le ve con los ojos de quienes lo hicieron y padecieron, y al presente se le mira desde el punto de vista de una persona oriunda del lugar, pero vecindada desde hace treinta años en la ciudad, y por lo mismo, un poco urbanizada.

AD. Y, sin embargo, acaba de aparecer la segunda edición, ahora con mayor tiraje. Además está por salir la edición en inglés. Aparte de eso, el libro, bueno, tú, por el libro, acabas de ganar un premio, el Premio Haring. ¿Podrías explicarnos en qué consiste ese premio y si hay posibilidades de otras traducciones? Creo que también estaba por ahí esperando la traducción al francés.

LG. Yo no estoy muy al tanto de lo que sea el Premio Haring. El 28 de diciembre, el mero día de los inocentes, recibí una carta de la American Historical Association portadora de las noticias de ser yo el agraciado con el Premio Haring por *Pueblo en vilo* y que ese premio se concedía cada cinco años al mejor libro de historia latinoamericana. La carta no resultó una tomadura de pelo como era de esperarse por haberla recibido el día de los inocentes. Poco después me llegó la billetiza correspondiente al premio.

AD. ¿Qué hay de las traducciones?

¿Aparece la edición en inglés y aparece también la versión francesa?

LG. Sí. La edición en inglés la hace la Universidad de Texas; la edición francesa, la editorial Plon. Ambas saldrán este año, según me han dicho. *Pueblo en vilo* va teniendo pegue. Pero basta ya de hablar de mí y de estar vendiendo mi mercancía.

AD. Bueno, ahora una pregunta que a mí me inquieta mucho y creo que a mucha gente aquí: el aspecto de la crítica. Se supone que los especialistas están leyendo continuamente y contribuyen con materiales críticos que se dan a conocer en revistas especializadas. En alguna ocasión yo he dicho que es una lástima que estos mismos especialistas (historiadores, economistas, sociólogos, matemáticos, etcétera), o no posean un lenguaje accesible para hacer crítica de libros y para publicarla en los suplementos en general, o bien estén tan ocupados que no se les permita permanecer en contacto con el público por medio de esas críticas. Porque creo, además, que su aportación, su punto de vista es realmente muy importante para la gente. Sé que tú has colaborado en muchas revistas especializadas, pero, ¿no te gustaría colaborar en suplementos, en revistas de mayor difusión? Es decir, ¿no te gustaría hacer crítica de libros y publicarla en revistas de mayor difusión?

LG. Sí y no. Me asusta la idea de hacer periodismo, de dialogar con personas que no sean colegas o paisanos. Pero ¿podría hacer crítica? Bueno, sí la he hecho; todos más o menos hemos incurrido en esto. La verdad es que como crítico soy muy benévolo. Mis alumnos me tienen fichado en la categoría de "barco". Por mi calidad de ladrón, sólo miro lo valioso, los aspectos buenos de obras y gente. Me cuesta mucho trabajo ver las cosas reprobables. Si fuera auxiliar de San Pedro salvaría a todos los condenados.

AD. Pero esa es una forma de crítica. Creo que en última instancia el emitir una opinión benévola, sobre todo poseyendo los conocimientos sobre las cualidades, no sola-

mente sobre los defectos, de un libro, ya es hacer crítica. Creo que sería muy importante que tú hicieras este tipo de "comentarios benévolos". Pero pasemos a las preguntas y opiniones del público.

Pregunta del público. He observado, lamentándolo, que los que se ocupan de registrar los hechos, los acontecimientos, los fenómenos de una nación, o sea: los historiadores, hacen caso omiso de algunos aspectos fundamentales de la vida de una sociedad, de la insalubridad, por ejemplo. Toda la atención parece concentrarse en los aspectos económicos y políticos; poco nos dicen los investigadores acerca de las condiciones que prevalecieron en el pasado inmediato y en el pasado mediato con respecto al estado de la salud (y, lo que es más importante de la "insalud") del pueblo.

LG. Así es. O así fue hasta fechas muy recientes. Toda la historia de México, hasta hace relativamente poco, estuvo preocupada por ver los cambios políticos, la sucesión de los gobiernos, las grandes batallas, y descuidó totalmente los aspectos económicos, sociales, culturales de la vida del país. Desde 1940 se viene produciendo un cambio en los temas. Si hiciéramos ahora un censo de los asuntos estudiados por los historiadores mexicanos de hoy, encontraríamos probablemente que los estudiosos de la vida política se han vuelto minoría. Todavía hay temas en busca de autor, como el de la historia de la insalubridad en México, sólo parcialmente tocado por algunos historiadores extranjeros. Vivimos en una zona naturalmente insalubre, somos tropicales, y deberíamos ver cómo esta condición se ha reflejado en nuestra existencia histórica.

Pregunta del público. Quisiera saber su opinión de historiador acerca del papel que juegan los elementos bio-psico-sociales en la vida de los pequeños pueblos. Parece ser que los habitantes de estos lugares no están exentos de su buena dosis de neurosis e incluso de psicosis.

LG. No sé qué decir. Conozco algunas

comunidades con vida económica y política de segundo orden dueñas de una historia feliz. Conozco pueblos que fueron pobres y a los que se ha metido a la fuerza en la ruta del desarrollo económico, pueblos poseedores de un poco más de dinero en los bolsillos pero infelizados, con enormes problemas de índole psicológica. En general, de músico, poeta y loco todos tenemos un poco, pero la dosis de locura campesina es menor que la citadina ¿no?

Pregunta del público. Creo que conocer la historia de un país es tan importante o más que conocer la historia de un individuo. En México se conoce la historia hasta la etapa revolucionaria de 1910; pero después de este evento los hechos y los datos se hacen confusos. Sólo se ocupan de los personajes. ¿No sería mejor —en la investigación, en la enseñanza, en la vida cívica— conocer lo inmediato y después lo mediato de la historia?

LG. Me parece muy buena su observación. Sí, creo que no sólo por una razón práctica muy concreta, la de que nunca alcanza el tiempo para llegar a la época actual; también por una razón teórica muy comprensible, la enseñanza de la historia debería partir del aquí y del ahora, de lo próximo y de lo actual, de la microhistoria y del conocimiento del mundo presente. La enseñanza de la historia en México pide a gritos multitud de reformas. Además de la que usted propone, son de sugerirse algunas más. Que se enseñe la historia integrada, unida a las ciencias humanas sistemáticas, no como un todo aparte, sí como una parte del todo humano. Que se enseñen todos los tipos de historia, y no únicamente la monumental o historia de bronce preocupada y ocupada en hacer patriotas a fuerza de recitar las virtudes de los grandes hombres y las gestas heroicas de la nación. Junto a esa historia reverencial, o mezclada con ella, debieran infundirse nociones de historia anticuaria a fin de hacer niños y jóvenes respetuosos de las reliquias del pasado y apreciadores de los logros pretéritos sin distinción de credo y país. Pero más que las historias del bronce y la polilla, la escuela debería esparcir a manos llenas la historia crítica —si la historia monumental hace, según el dicho de Valéry, pueblos vanidosos y egoístas; si la anticuaria produce conservadores, la historia crítica modela ciudadanos conscientes y gobernantes revolucionarios. Mientras las otras historias son prescindibles, la historia crítica es necesaria.

Pregunta del público. A principios de este siglo existió un gran interés por la historia o las historias locales. Yucatán es un buen ejemplo. En este sentido, la provincia es fuente de tradición historiográfica. Hay muchas publicaciones que comprueban esto. Yo quisiera saber, ¿en qué medida los estudios antropológicos, sociológicos y etnográficos han influido en la historiografía local, en la historiografía nacional?

LG. De hecho, desde el siglo pasado surgió un enorme interés por la historia regional como respuesta a un problema concreto, como respuesta a la campaña de nacionalización de la Reforma y los gobiernos derivados de ella. Entonces se inventó el mito del México uno y parejo, y se hostilizó la imagen de un México mosaico, de un Multiméxico; se trató de borrar por decreto todo lo que olie-



ra a diferencias locales, se hostilizó el tipo de gobierno local hasta llegar a esta apariencia de "un solo México" de la época de Díaz. Precisamente como protesta contra esa centralización y contra esa colonización vino un florecimiento de una historiografía local muy polémica, muy apasionada, muy reveladora de las diferencias específicas de cada una de las regiones del país.

Por lo que mira a su pregunta, me parece indudable que la antropología le ha servido de manera sobresaliente al historiador contemporáneo. Y no sólo la antropología. Todas las ciencias sociales, las llamadas ciencias sistemáticas del hombre, están siendo utilizadas como instrumentos de trabajo por los historiadores profesionales. Un historiador profesional "in" es necesariamente interdisciplinario: utiliza los conceptos aportados por sociólogos, por etnólogos, por antropólogos, para captar, para recobrar la vida humana de otras épocas.

Pregunta del público. ¿Qué significa eso de que el historiador en provincia es lírico?

LG. Simplemente que no tiene la preparación técnica mínima para escribir historia correcta. Esto no quiere decir que no sea valioso. El historiador provinciano y lírico no merece el desdén. Sin erudición, sin cultura y sin mundo, con sólo una fuerte dosis de emotividad y simpatía, el historiador provinciano y lírico resulta mejor resucitador del pasado que el investigador profesional, erudito, culto y mundano. Creo que se puede aprender mucho de las historias locales y regionales que hay en el país, pero un estorbo para ese aprendizaje es el prejuicio de que lo que no está correctamente hecho, lo que no tiene notas al pie de cada página y notas de acuerdo con las especificaciones de la UNESCO, no sirve. No es del todo superfluo el agregarles a los microhistoriadores el adorno de la técnica, aunque sólo sea para ser admitidos en casa de los historiadores profesionales y en la sociedad académica.

Pregunta del público. En vista del hecho de que en México los principales trabajos de investigación histórica los realizan personas generalmente provenientes de universidades norteamericanas o de universidades europeas, los historiadores locales quedan bastante marginados. Es muy notable para el análisis de la vida, de la obra de los personajes históricos, para el análisis de la historia de un pueblo, que el investigador conozca el suelo que pisa. ¿A qué se debe que los principales —por lo menos los más notables y ambiciosos— trabajos de historia hayan sido realizados en el extranjero?

LG. En los Estados Unidos hay actualmente un grupo numeroso de profesionales de la historia entregado a investigar la vida mexicana. El número de historiadores que hacen historia de México en los Estados Unidos es mayor que el de investigadores mexicanos. Por otra parte, no menos de cien europeos son también mexicanistas dentro del ramo de la historia. No menos de un millar de extranjeros están escribiendo ahora acerca de nuestro pasado en mejores circunstancias que nosotros. Los historiadores norteamericanos y europeos disponen de un horario muy generoso y una paga envidiable. A los historiadores mexicanos les pasa generalmente lo que decía Orozco y Berra de él y de sus

colegas: "cuando tenemos pan no tenemos tiempo y cuando tenemos tiempo no tenemos pan." Y como si todo esto fuera poco, nuestros colegas estadounidenses, españoles, británicos y centroeuropeos que nos estudian lo hacen, por regla general, con más profesionalismo y con mayor concentración que nosotros. A un historiador mexicano le es difícil concentrarse en la investigación de su tema aun en el caso óptimo de que sea profesional de tiempo completo y salario decoroso. Ya se le pone a escribir sobre el héroe en turno (Hidalgo en el "Año de Hidalgo", Juárez en el "Año de Juárez"), ya se le pide el discurso del 16 de septiembre y demás fechas conmemorativas. En fin, estorbo tras estorbo para los historiadores de casa y la mesa puesta para los visitantes producen el resultado que usted observa: los más ambiciosos trabajos de historia mexicana se fabrican en los Estados Unidos y Europa. Y sin embargo, la producción mexicana no es desdeñable y muchas veces es superior a la extranjera. Y es que no todo es ventaja para el fuereño. Salvo excepciones ilustres como la de Wörmack o la de Jean Meyer, los de afuera pueden narrar y aun explicar con virtuosismo diversos episodios de nuestra historia, pero no consiguen comprenderla, mirarla desde dentro. Por otra parte, debemos ver a los mexicanistas extranjeros en plan de colaboradores, no de competidores.

Pregunta del público. ¿Cuál es el origen y qué hay de verdad en la frase "la historia la escribe el que gana"?

LG. Bueno, el tipo de historia reverencial, ese tipo de historia que tiene un objetivo patriótico, sí la dicta el ganador. El grupo que gana procura tener representantes en el santuario nacional. El victorioso se hace esculpir estatuas, le da su nombre a las calles y se gana la voluntad, los poemas y las historias de poetas e historiadores hambrientos de comida, poder, dinero o gloria. El que gana paga y el que paga manda. Con todo, los historiadores independientes son más de los que usted supone. No todo es historia mandada hacer al gusto del triunfador. Eso sí, la mayor parte de la historia que se consume en el mundo es del tipo monumental, hecha para exaltar a los vencedores en turno y a sus ancestros.

Pregunta del público. ¿Es ese tipo de historia la que se enseña en México?

LG. Sí, absolutamente sí.

Pregunta del público. Una parte de la historia son elementos y datos reales; otra (el resto), está hecha de adivinaciones. ¿A qué se debe esto?

LG. No existe una historia (ni puede existir) totalmente objetiva. En cualquier obra histórica intervienen elementos oriundos de la subjetividad. La razón es clara: el historiador es un ser humano, no puede quedarse impassible frente a los problemas humanos, por tanto, siente, genera simpatías y diferencias distorsionadoras de la realidad que contempla. Además, el historiador no dispone de todas las piezas originales para reconstruir el rompecabezas del pasado. No todo ha dejado huella y la mayor parte de las huellas se han perdido. Por tanto, nadie puede resucitar la vida histórica sin un poco o un mucho de imaginación, o adivinación como usted la llama.

Pregunta del público. ¿Sería factible pensar que hay épocas de la historia que los historiadores no llegan a comentar?

LG. En primer término, las que no han dejado testimonios de su existencia. El historiador puede suplir algunas piezas perdidas del rompecabezas, que no todas. En segundo lugar, hay épocas atractivas y épocas antipáticas, y los historiadores, que al fin y al cabo son seres humanos, no persiguen ni frecuentan a las feas. En el caso de la historia de México la época más ingrata (y eso dentro de una familia sin bonitas) es la que corre de la revolución de independencia a la Reforma, en tiempos del cojo Santa Anna, cuando los norteamericanos hicieron lo que hicieron, cuando la sarna de los pronunciamientos desfiguró medio siglo de nuestra vida. Esa época sólo tiene comentaristas sadomasoquistas, y en consecuencia, pocos.

Pregunta del público. Pero, ¿existen investigadores de historia que no escamoteen nada?

LG. Cómo no. Junto a los timoratos, en todas las épocas han crecido y producido los historiadores "aventados" y veraces. Tampoco han faltado los de la oposición sistemática y la rebeldía teatral. Estos no valen más que los historiadores paniaguados, y sin embargo, algunos, por ignorancia, los confunden con los de buena ley. Son legión los que consideran a Bulnes historiador y de los buenos.

Pregunta del público. ¿Es necesaria una autocritica en los historiadores? ¿Hace falta un mayor número de historiadores valerosos?

LG. El historiador debe vivir con la alarma constantemente conectada, siempre alerta, en perpetua autocritica. El "conócete a ti mismo" le es indispensable si quiere ser objetivo y veraz hasta la última frontera de lo posible. El historiador de fuste es un almacigo de amores y de odios, de ideas previas y prejuicios, pero consciente de sus ideas previas, de sus simpatías y sus antipatías, y con la voluntad resuelta de despojarse de afectos y tirrias, de ideas y conceptos contraídos con anterioridad, cuando la investigación que realiza le demuestre lo infundado de sus sentimientos y sus visiones previos. Y por supuesto que este tipo de historiadores autocríticos, de voluntad fuerte, son menos de los necesarios; están haciendo constantemente falta.

Pregunta del público. ¿Y por qué no se difunde la verdadera historia, la de los investigadores objetivos, valerosos?

LG. Porque no es la más abundante. Se producen en cantidades industriales obras realizadas sin conciencia o con un propósito reverencial. La historia de buena calidad se produce en cantidades sólo artesanales. Además, la historia abundante y de escasa valía, y especialmente la historia de bronce o litúrgica mandada hacer por los vencedores, y la leyenda negra, confeccionada por los vencidos, disponen de un público forzado que es, en números redondos, la cuarta parte del público posible. Bueno, me refiero a México, al México de hoy.

Pregunta del público. ¿Cuál es el público forzado al que usted se refiere?

LG. El formado por los alumnos de todos los planteles públicos y privados.